

clara maravillosamente bien la resurreccion de la Santísima Virgen, por estas palabras: *Levantaos, Señor, triunfante y glorioso, para entrar en vuestro descanso, vos y el arca de vuestra santificación.* (Ps. CXXXI.) Esas primeras palabras: *levantaos, Señor,* hacen mencion de la resurreccion de Nuestro Señor, que como Dios, resucitó por sí mismo y por su propia virtud; y las que siguen: *vos, y el arca de vuestra santificación.* se deben entender de la resurreccion de su Santísima Madre, que es la divina arca en la cual reposó nueve meses. Cierto es, que es una ley general el que nuestros cuerpos despues de la muerte, deben ser reducidos á polvo; ese es un tributo que todos debemos, y que es preciso que pagemos á causa del pecado que hemos cometido en Adan, por el que se dijo á él y á toda su posteridad: *polvo eres y volverás al polvo,* (Gen. III.) para ser pasto de los gusanos que comerán nuestro cuerpo despues de la muerte, por lo que bien podemos decir con Job á la podredumbre: *tú eres mi padre: y á los gusanos: vosotros sois mi madre y mi hermana.* Pero la Santísima Virgen, no habiendo jamás contraído ningun pecado, ni original, ni actual, era muy conveniente que fuera esceptuada de la ley de pagar aquel tributo comun á todos los hijos de Adan.

Oh muerte! ¿qué harás tú con ese cuerpo? ¿Piensas que podrás guardarlo? ¿No recuerdas que el Hijo de esa Virgen, cuyo cuerpo posees, te ha vencido, te ha derrotado, te ha hecho esclavo suyo? Oh! jamás sucederá que te deje con la gloria de esa victoria! ¡tú saldrás muy pronto de ese cuerpo, con tanta confusion, cual es la soberbia con que en él estás, y el amor, que con cierto

exceso te ha albergado en ese santo lugar, volviendo á sí mismo, dentro de muy poco, te quitará esa posesion!

María fué pues, esceptuada de pagar aquel tributo comun á todos los hombres, por los méritos de su Hijo, y resucitó gloriosa y triunfante, subiendo al cielo en cuerpo y alma, y siendo colocada allí á la diestra de su muy amado Hijo, el tercer dia despues de su tránsito.

(*Primer y segundo Sermon de la Asuncion.*)

CAPITULO XXXIII.

Asuncion de Maria.

EL Arca de la Alianza habia estado por mucho tiempo bajo las tiendas y pabellones, cuando por fin, el gran rey Salomón la hizo colocar en el rico y magnífico templo que le habia preparado. Fué tan grande entónces el regocijo en Jerusalem, que la sangre de los sacrificios corria por las calles, el aire estaba cubierto con nubes de incienso, y las casas y plazas públicas resonaban con los cánticos y salmos, que acompañados de música y armoniosos instrumentos, se cantaban por todas partes.

Mas, oh Dios mio! si la recepcion de esa antigua arca fué tan solemne, ¿cuál deberemos pensar que fué la de la nueva, esto es, de la gloriosa Virgen María, Madre del Hijo de Dios, en el día de su Asuncion? Oh alegría incomprendible! ¡Oh fiesta llena de maravillas, que hace que las almas devotas, las hijas verdaderas de Sion, exclamen admiradas: *quién es esta que sube del desierto!* Admirables en verdad son estas consideraciones: la madre de la vida ha muerto, la muerte ha resucitado y subido al lugar de la vida: y llenas de consuelo estas otras: ella ha subido al cielo por el honor de su Hijo y para excitar en nosotros una grande devocion.

Mas no es bastante el creer que María ha resucitado, pues tambien es preciso establecer en nuestra alma, que esto no ha sido para morir otra vez, como sucedió con Lázaro, sino para seguir á su Hijo al cielo, como hicieron los que resucitaron en el día en que Nuestro Señor resucitó. (Mat. XXVII.) El Hijo, que al venir á este mundo, recibió el cuerpo y la carne de su Madre, no permitió que ella permaneciese en la tierra, ni en cuanto al cuerpo, ni en cuanto al alma; sino que poco despues que ella hubo pagado el tributo general de la muerte, la llevó El consigo al reino de su santo paraíso. Así lo atestigua la Iglesia, llamando á esta fiesta *Asuncion*, fundándose en la misma tradicion por la cual está segura de la muerte y resurreccion de María.

Las cigüeñas tienen una compasion natural hácia sus padres y madres ya caducos y ancianos, y cuando lo rigoroso de la estacion y del tiempo, las obliga á emigrar á un lugar mas cálido, toman á aquellos, los cargan y los llevan sobre sus alas,

para pagarles así, en cierto modo, el beneficio recibido de ellos en su educacion. Nuestro Señor habia recibido su cuerpo del de su Madre, y habia sido llevado largo tiempo en su sagrado vientre, entre sus castos brazos, aun en la época en que por lo rigoroso de la persecucion fué necesario emigrar y retirarse al Egipto. *¡Oh Señor,* dice la corte celestial, despues de la muerte de la Virgen, *levantaos, conforme al mandamiento que habeis hecho.* ¡Vos habeis ordenado la asistencia de los hijos hácia sus padres ancianos, y habeis grabado tanto este mandamiento en la naturaleza, que hasta las mismas cigüeñas lo practican; levantaos, conforme al mandamiento que habeis hecho, y no permitais que ese cuerpo que os ha engendrado sin corrupcion, ahora la reciba con la muerte; resucitadlo y tomadlo sobre las alas de vuestro poder y bondad, para trasladarlo del desierto del mundo, á este lugar de felicidad inmortal!

No puede dudarse de que el Salvador haya querido observar, con el mas alto grado de perfeccion que se pueda imaginar, este mandamiento que ha dado á todos los hijos. ¿Y quién sería el hijo, que si pudiera, no resucitara á su Madre y la pusiera en el cielo despues de haber muerto? Esta Madre de Dios murió de amor, y el amor de su Hijo la resucitó, y considerando que eso es muy conveniente, nosotros decimos: *¿Quién es esa que sube del desierto, tan abundante en delicias y apoyada en su muy amado?* Esa ocasion de tan gran alegría, es la que celebran todos los Santos en la Iglesia militante y triunfante.

Cuando el patriarca José recibió á su padre Jacob en el reino de Egipto y corte de Faraon, á

más de la favorable acogida que el rey mismo le hizo, no es dudoso que los principales cortesanos le fuesen adelante é hiciesen toda especie de demostraciones de grande regocijo. ¿Y cómo podríamos dudar que en la Asuncion de la Santa Madre del Salvador, todos los ángeles la hayan celebrado y festejado su venida con toda suerte de cánticos de alegría? Y nosotros, uniendo á ellos nuestros votos y afectos, debemos hacer una solemne fiesta con voces y cánticos de triunfo, diciendo: *¿Quién es esta que sube del desierto, colmada de delicias?*

Esta fué, en verdad, la mas hermosa y magnífica entrada que jamás se vió en el cielo, despues de la de su Hijo; ¿pues qué alma fué jamás recibida allí, tan llena de perfecciones y tan ricamente adornada de virtudes y privilegios? Ella sube del desierto del mundo inferior, pero tan perfumada con dones espirituales, que con escepcion de la persona de su Hijo, el cielo no tiene nada comparable. *¿Quién es esta*, se dice en el Cantar de los Cantares, *que sube del desierto cual una columna de humo, perfumada de mirra y de incienso, y de toda clase de composiciones aromáticas?*

La reina de Sabá fué, como sabemos, á visitar al rey Salomón para considerar su sabiduría y el hermoso orden de su corte, y á su llegada le dió una gran cantidad de oro, de perfumes y de piedras preciosas. *Jamás fueron llevados tantos aromas, como los que dió la reina de Sabá al rey Salomón.* (III. Reg. X.) Mas la Virgen, subiendo al cielo á la corte de su Hijo, llevó allí tanto oro de caridad, tantos perfumes de devocion y virtudes, tantas piedras preciosas de paciencia y sufri-

mientos tolerados por su nombre, que reducido todo esto á méritos, bien se puede decir que jamás se llevaron tantos al cielo, que nunca se presentaron tantos al Hijo divino, como los que presentó esta Santísima Señora.

Queremos ver con mas claridad esta doctrina? Pues sepamos que en materia de buenas obras, nadie hay que comience tan pronto á ejecutarlas, ni que continúe con tanta diligencia, como Nuestra Señora. Nosotros comenzamos tarde á hacer obras buenas, y las que hacemos, frecuentemente las perdemos por el pecado; no continuamos en ellas, y así su conjunto no es en verdad grande; si acaso reunimos algunos denarios de mérito, es solo algunas veces, y con mucha frecuencia jugamos y disipamos nuestro dinero, es decir, nuestros méritos, al cometer el pecado. Y aunque nos restablecemos por la penitencia, no dejaremos de ver que hay mal arreglo en nuestros negocios, pues perdemos mucho tiempo; y si quedan debilitadas nuestras fuerzas despues del pecado y aun despues de la penitencia, ya veremos que nuestro tesoro no puede ser grande. Pero Nuestra Señora, habiendo sido colmada de gracias en su Concepcion, y teniendo desde entónces el uso de su razon, no cesó jamás de aprovechar y de crecer más y más en toda especie de virtudes y gracias, de suerte que el conjunto de ellas fué incomparable: *muchas almas han juntado riquezas, pero vos las habeis sobrepujado á todas.*

¡Cuál seria la abundancia de sus delicias, habiendo sido tan abundantes sus buenas obras y trabajos en este mundo! Por eso fué establecida en el mas alto lugar de la gloria de los Santos. Faraon consideró tanto á José, que habiendo lle-

gado su padre á Egipto, le dijo: *Tu padre y tus hermanos han venido hácia tí; el país de Egipto está bajo tu mando, haz habitar á tu padre y á tus hermanos en la mejor tierra.* (Gen. XLVII.) Mas en este santo día en que Nuestra Señora llega al reino de su Hijo, pensemos cómo el Padre Eterno le habrá dicho: "toda mi gloria es tuya, amadísimo Hijo mio: tu Madre ha venido hácia tí, hazla habitar en el grado más alto, en el mejor y más eminente lugar de este reino." No hay que dudarlo; Nuestro Señor al venir á este mundo, buscó el lugar más bajo que podía haber, y no halló otro más bajo por humildad, que la Santa Virgen; ahora la sublima al más alto lugar del cielo por gloria: ella le dió albergue segun su deseo, y El se lo dá ahora segun su amor, exaltándola sobre los Querubines y Serafines.

Oh! parece en verdad que la Asuncion de María fué en cierta manera más gloriosa que la Ascencion de Nuestro Señor, pues en esta, solo los ángeles vinieron al encuentro de ese divino Salvador; pero en la Asuncion de su Santísima Madre, vino El mismo, que es el rey de los ángeles. Por eso las multitudes angélicas exclaman como admiradas: *¿Quién es esta que sube del desierto, colmada de delicias y apoyada en su muy Amado?*

Dice esta sentencia que la Santísima Señora va *apoyada en su muy Amado.* Esta es la conclusion de todas las alabanzas que la Iglesia dá á los Santos, y sobre todo á la Virgen; porque todas se refieren al honor de su Hijo, por cuya fuerza y virtud ella sube y recibe la plenitud de las delicias. ¿No hemos observado que la reina de Sabá, llevando tantas cosas preciosas á Jerusalem, las ofrece todas á Salomón? Ah! todos los

Santos hacen lo mismo, y particularmente la Santísima Virgen; todas sus perfecciones, todas sus virtudes, todas sus felicidades, son referidas, consagradas y dedicadas á la gloria de su Hijo, que es el origen, el autor y el consumidor de ellas. Si María es santa, su Hijo le ha santificado; si ella ha sido salva, su Hijo es el Salvador. *Apoyada en su amado.* Toda su felicidad está fundada sobre la misericordia de Dios. ¿Queremos que ella sea una azucena de pureza é inocencia? Pues efectivamente lo es; pero la blancura de esa azucena proviene de la sangre del Cordero en que ha sido blanqueada. Si la llamamos rosa por su extremada caridad, su carmin no es otra cosa que la sangre de su Hijo. Si decimos que es una columna de humo suave y graciosa, confesemos tambien que el fuego de ese humo es la caridad de su Hijo, y la leña es su Cruz. En una palabra, ella está apoyada sobre su muy amado en todo y por todo. Así es como debemos estar celosos del honor de Jesucristo, no como los adversarios de la Iglesia, que piensan honrar bien al Hijo rehusando el honor debido á su Madre; pues al contrario, como el honor tributado á la Madre, se refiere al Hijo, esto hace magnífica é illustre la gloria de su misericordia.

¡Oh sacratísima y felicísima Señora, que estais en lo mas elevado del paraíso de felicidad! Ay! tened compasion de nosotros que nos hallamos en el desierto de miseria. Vos estais en la abundancia de las delicias, y nosotros en el abismo de las desolaciones; impetradnos la fuerza para llevar bien todas las aflicciones, y que este-mos siempre apoyados sobre vuestro muy Amado, único sostén de nuestras esperanzas, única

recompensa de nuestros trabajos, única medicina de nuestros males. ¡Oh Virgen gloriosa, rogad por la Iglesia de vuestro Hijo, asistid con vuestros favores á todos los superiores, al Santo Padre, los prelados, los Obispos y al pueblo cristiano!
(Primer y segundo Sermon de la Asuncion.)

D. S. B.

INDICE.

	Pgs.
Aprobacion.....	3
Prólogo.....	5
Dedicatoria.....	7
Oracion á la Santísima Virgen.....	9
Cap. I. La Inmaculada Concepcion.....	11
„ II. La Natividad.....	14
„ III. Nombre de María.....	20
„ IV. La Presentacion.....	22
„ V. Los Desposorios.....	29
„ VI. La Anunciacion.....	34
„ VII. Virtudes practicadas en la Anunciacion.....	37
„ VIII. Sentimientos de María en la Encarnacion.....	40
„ IX. La Salutacion Angélica.....	42
„ X. Maravillas obradas en María en la Encarnacion.....	45
„ XI. La Visitacion.—Motivos del viaje..	51
„ XII. La Visitacion.—El viaje.....	55
„ XIII. La Visitacion.—Llegada y permanencia.....	56
„ XIV. La Visitacion.—Bendiciones para la familia de Zacarías.....	60

	Pgs.
Cap. XV. La Visitacion.—La caridad y humildad de María, causa de su grandeza.....	67
„ XVI. La Visitacion.—Visitas de María á nuestras almas.....	72
„ XVII. María en Belen.....	75
„ XVIII. María y los pastores.....	79
„ XIX. Jesus en los brazos de María.....	83
„ XX. La Purificacion.....	87
„ XXI. La Purificacion. (Repeticion.)....	94
„ XXII. La fuga á Egipto.—Obediencia de la Santa Familia al ángel.....	96
„ XXIII. La fuga á Egipto.—Abandono de la Santa Familia en manos de la Providencia.....	101
„ XXIV. María en las bodas de Caná.....	104
„ XXV. María al pié de la Cruz.....	110
„ XXVI. María nos es dada por Madre...	115
„ XXVII. María en el Cenáculo.....	117
„ XXVIII. María en los primeros dias de la Iglesia.....	120
„ XXIX. María vivió de amor.....	122
„ XXX. María vivió de amor. (Repeticion.).....	126
„ XXXI. Muerte de María.....	131
„ XXXII. Resurreccion de María.....	135
„ XXXIII. Asuncion de María.....	139

Formada por
RAMILLETE

DE

FLORES

SALESIANAS.



LEON.—1887.

TIPOGRAFIA DE J. VILLALPANDO.
Escuela de Artes.